

# El Papa escuchó un concierto de música alemana y francesa

ROMA, 6 ("The New York Times").—El Papa recreó hoy su espíritu como no ha podido hacerlo en más de un año, pues la orquesta de Santa Cecilia tocó especialmente para él, en su propia casa, y tocó lo que él quería escuchar. El concierto fué dedicado exclusivamente al Sumo Pontífice, desde el principio al fin, pues fué él quien eligió las obras, dedicándole además dos horas y media de su tiempo valioso, pero invitó a 1200 personas al gran salón de las bendiciones, a fin de que compartieran su placer de escuchar música. No hay duda alguna que el Papa se distrajo placenteramente, porque no trató de ocultar sus sentimientos. En ciertas ocasiones, mientras escuchaba atentamente, meneaba la cabeza, y hasta llegó a llevar el compás con las manos, al sentirse hondamente conmovido, mientras la orquesta tocaba la marcha fúnebre de Sigfrido. Nadie, entre todos los presentes, aplaudió con tanto entusiasmo y sinceridad como él. Se dedicaba sencillamente a distraerse, que es una de las cosas más difíciles para un jefe de la Iglesia.

Para el calificado público que asistió al acto, la ceremonia fué memorable, pues es la primera que se realiza en un lapso de nueve años. Fué una ceremonia verdaderamente regia, llena de distinción y de dignidad. La reunión no pareció sombría, a pesar de que todas las damas vestían de negro y los hombres de etiqueta. Era, sin embargo, un regalo para la vista contemplar los hábitos de color púrpura de los cardenales, los uniformes multicolores de los guardias suizos, las medallas relucientes y las insignias de todos colores de los distinguidos invitados, el marco blanco y oro de la gran sala de las bendiciones, el hábito blanco del Papa, sentado en su trono rojo y oro, con el dosel rojo detrás de él y sobre su cabeza.

El programa comenzó con una "suite" de Corelli, para instrumentos de cuerda, a la que siguió la primera sinfonía de Beethoven, "Nuages", de Debussy, y "Nocturno" de Martucci. Luego hubo un intervalo, durante el cual el Sumo Pontífice llamó junto a su trono al conde Sanmartino, presidente de la Academia de Santa Cecilia, y al maestro Alejandro Bustino, famoso profesor, compositor y vicepresidente de la Academia.

En la última mitad del programa figuraban piezas favoritas del Papa, quien así lo aseguró, en un breve discurso. La orquesta tocó la sinfonía inconclusa de Schubert y tres selecciones de Wagner: el viaje del Rin y muerte de Sigfrido, del "Crepúsculo de los Dioses", y el preludio y muerte de Isolda, de "Tristán e Isolda". Ya fuera accidentalmente o a propósito, el programa fué, en sus tres cuartas partes, de música alemana — si se considera a Schubert alemán —, pero hubo también dos selecciones italianas y una francesa. El propio Papa llamó la atención hacia eso después, diciendo:

"Lo mismo que en el programa musical, las diversas naciones están todas unidas en notas armónicas, y confiamos en que los hombres de todos los países se unirán en una verdadera paz cristiana". Luego habló en términos elogiosos del concierto, agradeciendo al maestro Molinari, y al referirse a la sinfonía inconclusa, declaró que permanecería inconclusa durante siglos, pero que el director de la orquesta la había ejecutado en una forma concluyente, dirigiéndola a la perfección. Luego añadió:

"Esta música nos ha hecho olvidar, por breves momentos, los pensamientos dolorosos que llenan nuestra mente en estos tiempos lamentables".

Al referirse luego a las expresiones de San Agustín, referentes a la armonía de la música, que simboliza las armonías que deberían inspirar a los gobiernos, el Papa añadió:

"Cuando estas armonías y estos acordes cesan llegamos, por contraste, a las consideraciones penosas de que en el mundo, en estos precisos momentos, en vez de la armonía y del acuerdo entre los pueblos y naciones, estamos oyendo el trueno discordante de los cañones".

Escucharon el concierto y el breve discurso del Papa un grupo de damas y de caballeros que forman un verdadero Almanaque de Gotha, en lo que concierne a Roma: parientes del Papa, caballeros y damas de la Corte, quince cardenales, la ex reina de España y sus hijos, el gran maestro de la Orden de Malta, todo el cuerpo diplomático, patricios romanos y muchos dignatarios eclesiásticos y legos notables, incluso algunos músicos famosos. Durante el concierto, casi todas las miradas se concentraban en el Sumo Pontífice, pero éste escuchaba atentamente la música, sin darse cuenta de la presencia de sus invitados. Permaneció casi todo el tiempo inmóvil, con los brazos extendidos y la cabeza vuelta hacia la orquesta. Siempre ha sido amante de la música, y solía tocar el violín en otros tiempos, pero ahora no le es posible asistir a los conciertos. Hoy, como un verdadero soberano, hizo acudir a una orquesta para que le diera un concierto. Al alejarse, parecía feliz. En un momento, al detenerse cerca del autor de esta crónica, para decir algo a alguien, se rió. Y eso es algo que no ha hecho con frecuencia, en este último año.